

JAY KRISTOFF

TRONFLETTA

LAS GUERRAS DEL LOTO

PRIMER CAPÍTULO



 Editorial Hidra

YUKIKO

Mientras la maza de guerra se abalanzaba sobre su cabeza, Yukiko pensó que debería de haberle hecho caso a su padre. Rodó hacia un lado en el mismo instante en que su escondrijo de hojas y ramas reventaba en mil pedazos; los pétalos de azalea cayeron suavemente sobre los hombros del oni como copos de nieve perfumados. El demonio se cernía amenazante sobre ella, con sus tres metros de altura, sus colmillos de hierro y sus largas uñas afiladas. Apestaba a tumba abierta y pelo quemado, la piel de un pulido azul de medianoche; sus ojos eran como cirios funerarios que iluminaban el bosque con una luz putrefacta. La maza que sujetaba entre sus manos era dos veces más larga que Yukiko; un golpe certero y nunca más volvería a ver al samurái de los ojos verde mar.

Vaya, eso sí que es inteligente, se reprendió, pensar en chicos en un momento como este.

Un rugido bañado en espumarajos le dio en el pecho de pleno, espantando a una bandada de gorriones de las ruinas del templo que tenía a su espalda. Un relámpago lamió las nubes y bañó toda la escena con una luz blanca y fugaz: el bosque interminable, la desamparada chica de dieciséis

años y el demonio de los abismos dispuesto a reventarle la cabeza.

Yukiko se volvió y echó a correr.

Los árboles se sucedían en todas direcciones, una humeante maraña de raíces y maleza, con un hedor a podredumbre verde. Las ramas le azotaban la cara y rasgaban sus ropas, la lluvia y el sudor empapaban su piel. Tocó el tatuaje del zorro que le cubría el brazo derecho y recorrió con los dedos sus nueve colas a modo de plegaria. El demonio bramó detrás de ella al ver que se escabullía, sobre raíces y bajo ramas, adentrándose cada vez más en el calor sofocante.

Llamó a su padre a gritos. A Kasumi y hasta a Akihito. A quien fuera.

Y no vino nadie.

De pronto, pareció que los árboles entraban en erupción: arrancados de cuajo cayeron frente a ella, heridos de muerte, partidos por una enorme espada de Totsuka. Otro oni apareció a través de la cascada de follaje que caía por doquier, una máscara sepulcral por cara, los labios atravesados por aretes de hierro oxidados. Yukiko se lanzó a un lado al tiempo que la gran espada de un metro segaba el aire por encima de su cabeza, cortándole la trenza. Mechones de pelo largo y negro cayeron suavemente sobre las hojas muertas.

Rodaba para ponerse en pie cuando el oni la atenazó, más rápido que las moscas; su terrible agarre la hizo chillar. Podía leer los blasfemos símbolos kanji grabados en su collar, sentir el calor que irradiaba su ser. El primer oni los alcanzó, bramando con gozosa anticipación. Su captor abrió las fauces y Yukiko pudo ver su negra lengua de babosa colgando entre los dientes.

Sacó su tantō y apuñaló la mano del demonio, hundiendo hasta la empuñadura quince centímetros de acero doblado. La sangre brotó a chorros; era negra y hervía al tocar la piel de la chica. El oni rugió y la lanzó violentamente contra un cedro cercano. Se abrió la cabeza contra el tronco y cayó al suelo, inerte

como una muñeca de trapo; el cuchillo ensangrentado resbaló de su mano. La oscuridad se acercó reptando para asfixiarla, pero ella arañó el aire desesperadamente para apartarla de sí.

No de esta manera.

La risa del primer demonio le recordó a niños chillando, quemándose en las piras del Gremio en la Plaza del Mercado. Su compañero herido gruñó en un oscuro idioma primitivo y avanzó con furia al tiempo que alzaba su espada para asestarle el golpe final. Un relámpago refulgió sobre el filo de la hoja y el tiempo pareció detenerse mientras la espada se acercaba a ella. Yukiko pensó en su padre otra vez, y deseó con toda su alma haber hecho lo que se le había dicho por una sola vez en su vida.

Un trueno resonó sobre sus cabezas. Una figura blanca surgió de repente de entre la maleza y aterrizó sobre la espalda del oni; un frenesí de navajas, brillantes chispas azules y batir de alas. El demonio aulló cuando la bestia desgarró sus hombros, arrancando bocados enteros de carne con un pico bañado en sangre.

El primer oni gruñó y su maza silbó por el aire describiendo un gran arco mortífero. Su atacante echó a volar, haciendo que pequeños remolinos de hojas secas y pétalos blancos como la nieve bailaran al son de sus alas. El *tetsubo* del demonio se estrelló contra los hombros de su compañero. Los huesos se hicieron añicos bajo el impacto de la maza; la espina dorsal del oni se rompió en mil pedazos como un cristal oscuro y mojado. Cayó al suelo como un fardo y exhaló su último suspiro, que salpicó de esputo negro la aterrorizada cara de Yukiko.

La bestia aterrizó desequilibrada, clavando sus espolones ensangrentados en la tierra.

El oni echó un vistazo al cadáver de su compañero, se cambió la maza de mano y, tras un alarido desafiante, levantó el arma y cargó. La pareja chocó aparatosamente, bestia

y demonio, cayeron a tierra revolcándose en un caos de plumas, pétalos y gritos.

Yukiko trató de limpiarse la sustancia negra y pegajosa de los ojos e intentó sacudirse el mareo de encima. Podía distinguir formas borrosas rodando entre las hojas caídas; salpicaduras oscuras manchaban las flores blancas de las azaleas. Oyó un crujido, un borboteo ahogado y, luego, un inmenso silencio vacío.

Parpadeó mirando hacia la penumbra, con el pulso a punto de estallarle detrás de los ojos.

La bestia emergió de entre las sombras, con las plumas teñidas de negro por la sangre demoníaca. Avanzó hacia ella y bajó la cabeza; un gruñido empezó a formarse en su garganta. Yukiko buscó a tientas su tantō, intentando desesperadamente encontrar la afilada daga entre la mugre y las hojas empapadas, antes de que la vista le fallara del todo. La oscuridad la llamaba, con los brazos abiertos de par en par; prometía ser el final de todos sus temores. Estaría con su hermano de nuevo. Dejaría atrás esta isla moribunda y su cielo envenenado. Podría al fin tumbarse y dormir tras una década de ocultar qué y quién era.

Cerró los ojos y deseó estar sana y salva en su casa, caliente, acurrucada entre las mantas, el aire teñido de gris azulado por el humo de la pipa de su padre. La bestia abrió el pico y rugió, un grito huracanado que se tragó la luz y los recuerdos.

La oscuridad la engulló por completo.

EL ELEGIDO DE HACHIMAN

Fue en una mañana de calor sofocante, dos semanas antes, cuando Yoritomonomiya, el Seii Taishōgun de las Islas de Shima salió de sus aposentos, bostezó y declaró que quería un grifo.

Su anciano mayordomo, Tora Hideo, se quedó petrificado, con el pincel de caligrafía suspendido inmóvil sobre las órdenes de detención apiladas sobre la mesa que tenía delante. Humo de loto rojo ascendía en volutas desde la pipa de hueso que sostenía en la mano izquierda. Hideo miró de reojo a su señor a través de la neblina. Ya llevaba siete años como ministro en jefe de Yoritomo, pero aún había días en que encontraba a su Shōgun imposible de descifrar. ¿Reírse o no reírse? He ahí la cuestión.

—¿Mi Señor? —aventuró al fin.

—Ya me has oído. Un grifo.

—¿Mi Señor se refiere a una estatua de algún tipo? ¿Un monumento, quizás, para celebrar el bicentenario de la gloriosa Dinastía Kazumitsu?

—No. Uno de verdad.

Una ceja traicionera se alzó en la frente de Hideo.

—Pero, mi Señor... —el anciano se aclaró la garganta— los tigres del trueno se extinguieron.

Una luz sucia y opalescente se filtró por las altas puertas de doble hoja de la sala de estar. Un enorme jardín se extendía a sus pies por los terrenos del palacio, sus árboles estaban raquíticos y enfermizos a pesar de la multitud de sirvientes que se dejaban la piel cuidándolos a diario. El cántico apagado de los pájaros del invernadero flotaba en el aire como una neblina; los chillidos lastimeros de una legión de gorriones que se traían mensualmente del norte a petición del Shōgun y a los que les cortaban las puntas de las alas para que no pudieran huir del humo y el hedor.

El cielo, pesado por los humos, sellaba así el ya de por sí opresivo calor del día. Mientras el Noveno Shōgun de la Dinastía Kazumitsu salía con paso airado al balcón y observaba su capital, una nave voladora se elevó desde el puerto de Kigen y emprendió su larga expedición hacia el norte, dejando tras de sí una sofocante columna de gases de un negro azulado.

—Los caminantes de las nubes dicen lo contrario —declaró.

Hideo suspiró hacia sus adentros, dejó con sumo cuidado el pincel de caligrafía a un lado. Volutas de humo ascendían desde la pipa hacia el techo, una enorme cúpula de obsidiana y perlas, recuerdo del cielo nocturno que ya no podía verse a causa de los humos. La túnica de seda que vestía era abominablemente pesada, con capas y capas de oro y escarlata; el ministro maldijo de nuevo por tener que llevar una prenda así con semejante calor. Las rodillas del anciano crujieron cuando se levantó. Aspiró otra profunda calada de loto y observó fijamente la espalda de su Señor.

Yoritomo había cambiado mucho siete años atrás desde que su padre, el Shōgun Kaneda, partiera hacia su morada celestial. Ahora, en su vigésimo verano, tenía los hombros anchos, la mandíbula finamente cincelada, el pelo largo y negro recogido al estilo del hombre adulto. Como era costumbre en todas las grandes familias de Shima, en su

decimotercer cumpleaños le habían decorado el cuerpo con preciosos tatuajes: un fiero tigre merodeaba por su brazo derecho, venerando el espíritu guardián de su clan, y un sol imperial sobre un campo de flores de loto de sangre recorría su brazo izquierdo declarándole Shōgun de los Cuatro Tronos del Imperio de Shima. Mientras el mayordomo lo miraba, el tatuaje del tigre parpadeó y enseñó sus garras, tan afiladas como una katana, sobre la piel de su Señor. El tótem parecía mirarle fijamente.

Hideo observó con recelo la pipa que tenía entre las manos y decidió que ya había fumado bastante esa mañana.

—Esos caminantes de las nubes eran hombres del clan Kitsune, ¿no? —Exhaló una nube narcótica de un azul medianoche—. El hombre sabio nunca se fía del zorro, gran Señor.

—Entonces, tú también has oído el rumor.

—A mis espías no se les escapa nada, gran Señor. Nuestra red se extiende por todo el Shōgunato. —El anciano dibujó un gran arco con el brazo.— Zorro, Dragón, Fénix o Tigre, no hay ningún clan y ningún secreto que...

—¿Y no se te ocurrió contármelo?

Hideo dejó caer el brazo, una leve sombra de duda frunció su ceño.

—Perdonadme, mi Señor. No deseaba importunaros con los supersticiosos chismes de los campesinos. Si os hiciera llamar cada vez que las tabernas o los burdeles bulleran con alguna fantasía sobre tigres voladores o serpientes marinas gigantes u otros yōkais...

—Dime lo que sabes.

Se produjo un gran silencio, interrumpido solo por las llamadas de los gorriones medio asfixiados. Hideo oyó las suaves pisadas de un sirviente que rondaba por pasillos lejanos, haciendo sonar diez notas en una campana de hierro para anunciar con voz alta y clara que había empezado la Hora de la Grulla.

—Una fantasía, gran Señor —dijo Hideo al final, encogiéndose los hombros.— Una tripulación de caminantes de las nubes llegó a puerto hace tres días diciendo que vientos monzónicos habían desviado el rumbo de su nave voladora más allá de las Montañas Iishi malditas. Varios hombres afirman haber visto la silueta de un arashitora entre las nubes mientras rezaban para que su lona inflable no fuera convertida en cenizas por Raijin, el Dios del Trueno.

—Un arashitora —repitió Yoritomo—. Un tigre del trueno, Hideo. Imagínatelo.

El ministro sacudió la cabeza.

—A los marineros les encanta contar batallitas, mi Señor. Especialmente a los que navegan los cielos. Todo el que pase el día entero respirando vapores de loto, antes o después tendrá la mente trastornada. He oído hablar de una tripulación que jura haber visto al santo Hacedor, el Dios Izanagi, paseando entre las nubes. Otro grupo afirma haber encontrado la entrada al inframundo Yomi y el enorme canto rodado que el gran Señor Izanagi utilizó para sellarla. ¿También debemos creernos sus ficciones dementes?

—Esto no es ficción, Hideosan.

—Mi Señor, ¿qué...?

—Lo he soñado —Yoritomo se giró para mirar a Hideo, los ojos ardientes—. Me he visto a mí mismo entre los truenos montado sobre un gran arashitora, a la cabeza de mis ejércitos, dirigiéndonos al extranjero a luchar contra las hordas de los gajjins de ojos redondos. Como los legendarios Señores de las Tormentas. Una visión enviada por el poderoso Hachiman, el Dios de la Guerra en persona.

Hideo se tapó la boca y tosió un poco.

—Gran Señor, Amo del cielo...

—Ahórrame.

—... Shōgun, no ha habido un avistamiento confirmado de un tigre del trueno desde los días de vuestro bisabuelo. Los

humos del loto que se llevaron por delante a los dragones marinos se los llevaron a ellos también. Las grandes bestias yōkai se han ido para siempre, de vuelta a los reinos de los espíritus que una vez los vieron nacer. —Hideo se acarició la barba—. O al reino de los muertos.

El Shōgun se volvió de espaldas a la ventana y cruzó los brazos. El tatuaje del tigre deambuló por su bíceps, sus ojos cristalinos refulgieron, se detuvo para rugir en silencio al ahora sudoroso ministro. Hideo jugueteó con su pipa.

—La bestia será capturada, Hideosan —dijo el Shōgun con una mirada feroz—. Visitarás a mi Maestro de Caza y le enviarás en su busca con este decreto: debe traerme a ese tigre del trueno, vivo, o le mandaré a él y a sus hombres a cenar con la terrible Señora Izanami, Madre de la Muerte, y los mil y un demonios que nacieron de su negro vientre.

—Pero Señor, vuestra flota... todos vuestros barcos están participando en la gloriosa guerra o se han asignado a las granjas de loto. El Gremio querrá...

—¿Querrá qué? ¿Renegar de su Shōgun? Hideosan, el único *querrá* que te debe preocupar en este momento es el mío.

El silencio cayó como el filo de un verdugo.

—... Hai, gran Señor. Así se hará.

—Bien —Yoritomo asintió y volvió a asomarse a la ventana—. Lo festejaré antes de desayunar. Mándame a tres geishas.

Hideo hizo una reverencia tan rotunda como le permitía su vieja espalda; la punta de su fina barba barrió las tablas pulidas. Retrocedió, alejándose a una distancia respetuosa de su Shōgun antes de girarse y salir presuroso, cerrando tras de sí las elegantemente decoradas puertas de papel de arroz. Sus sandalias marcaron un paso rápido sobre el suelo de ruiseñor, las tablas parecían gorjear alegremente bajo sus pies mientras se apresuraba a cruzar las alcobas. Las finas paredes estaban adornadas con largos amuletos de papel de color sangre,

que mostraban mantras protectores escritos con trazos anchos y negros. En lo alto, ventiladores de techo que funcionaban a cuerda colgaban de las vigas vistas, librando una batalla inútil contra el calor abrasador. En cada puerta, velaba una estatua de granito del tótem del clan Tora: un gran tigre orgulloso, el más feroz de todos los espíritus kami, con las garras desplegadas y mostrando los colmillos.

En pie al lado de cada estatua había dos miembros de la guardia personal del Shōgun, la Élite Kazumitsu. Los samuráis iban vestidos con tabardos jinhaori dorados que casi llegaban hasta el suelo, en sus manos enguantadas sujetaban la empuñadura de una katana con filo de sierra mecánica. Los centinelas observaron a Hideo salir, tan inmóviles y silenciosos como las estatuas junto a las que montaban guardia.

Hideo se secó la frente con las largas mangas de la túnica mientras salía del ala real arrastrando los pies; dejaba una estela de humo negro azulado que aún salía de su pipa de hueso. Resolló mientras su bastón golpeteaba las tablas del suelo a ritmo vivo. Su estómago estaba ocupado dando volteretas.

—Así que ahora recibe visiones de los dioses —murmuró—. El Cielo nos proteja.